

El Fontán Oviedo, 1952

EL «EFEMERIDISMO» Y SUS MILITANTES

Por MARINO GOMEZ SANTOS

Anticipo al erudito que no se precipite a buscar esta palabra en el Diccionario de la Academia porque no la encontrará. Hace exactamente un año que se ha «creado» y para ello no fué necesario que se reunieran los respetables y graves señores académicos con sus gruesas antiparras de carey. La trajo un periodista gijonés en su maleta de fin de semana y la «soltó» en una tertulia de pseudointelectuales en el café del Campo de San Francisco.

La mesa del café, tantas veces lápida de mármol para sepultar bajo su superficie conspiraciones, confidencias y tantas otras cosas, fué pedestal sobre el cual se «colocó» la nueva palabra para concederle mayor preferencia. Pronto fué tan popular en la tertulia como el célebre vocablo «cursi» que inspiró a don Rafael Sarandeses el apellido Sicur de unas señoritas vecinas de su pensión estudiantil.

No cabe duda. El periodista gijonés tuvo un momento genial. La palabra «efemérido» hacía falta en nuestra *lógica privada*. De Gijón también han venido otras

y entre ellas, el célebre remoquete de «carbayones» a los ovetenses, como ciudadanos que vivían a la sombra del popular roble.

El «efemeridismo» es un veneno histórico-literario que se produce a falta de imaginación o de cultura. Cuando el escritor es joven y de inquietudes, cuando no ha nacido para continuar el surco profesional de sus mayores sino que para alimentar el rebelde potro de su inteligencia con la vitalidad del estudio, la cuartilla no es una inmensa superficie ante la cual deje pasar las horas muertas en espera de la divina inspiración pues el pensamiento es copioso y le ayuda una gran fantasía. Cuando el escritor llega a la senectud trabaja ya ayudado por los patrimonios de la vista, más apegado a la lectura diaria o recordando las antiguas y cuando ya no lee recurre a redactar sus «Memorias».

«Efemérido» es el que cultiva lo retrospectivo, digo, el que lo conserva porque las efemérides no dan fruto.

De ahí que las revistas locales ilustren sus páginas infaliblemente con fotografías de «El Cañu de El Fontán» «La Catedral» «El Arco de los Zapatos, donde en 1870 se vendía el clásico calzado»... (y aquí un sin fin de explicaciones *efeméridas*).

Es natural que en todas las ciudades del mundo nos encontremos con ancianos que suspiren:

«¡Ah, el carnaval de 1800! ¡Ah, aquellos clásicos «romanones» con sus subles arrastrando, sus retorcidos bigotes, su graciosa incultura!... Y aquellos coches de caballos con sus cocheros infaliblemente dormidos, y aquellos señores «tan señores»... con su levita, sus guantes, sus brillantes sombreros de copa, chaleco cruzado, leontina de oro, quevedos con cinta o cordoncillo... ¡Ah, 1800 qué buenas eras con tus buñuelos de viento, tus verbenas de farolillos de papel y espermá, tus cuarterones de peleón a dos céntimos! ¡Quién se lo diera a estos majade

